



# AYN RAND

## IDEAL

*(IDEAL)*

Traducción de Verónica Puertollano

**COLECCIÓN AYN RAND**

**DEUSTO**

# Ideal

**AYN RAND**

Traducción de Verónica Puertollano



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Ideal*

© The Peikoff Family Partnership LLC, 20152

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos

© de la traducción: Verónica Puertollano, 2020

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2020

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-3185-4

Depósito legal: B. 15.139-2020

Primera edición: octubre de 2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

## PRIMERA PARTE

### ***Ideal: La novela***

Introducción a <i>Ideal: la novela</i> .....	11
Nota al manuscrito de <i>Ideal</i> .....	19
1. Kay Gonda .....	21
2. George S. Perkins .....	39
3. Jeremiah Sliney.....	59
4. Dwight Langley.....	73
5. Claude Ignatius Hix .....	83
6. Dietrich von Esterhazy .....	95
7. Johnnie Dawes .....	111

## SEGUNDA PARTE

### ***Ideal: La obra de teatro***

Introducción a <i>Ideal: la obra de teatro</i> .....	129
Prólogo.....	137
Acto I .....	155
Acto II .....	195

## Capítulo 1

---

### Kay Gonda

«Si es un asesinato, ¿por qué no oímos más sobre ello? Si no lo es, ¿por qué oímos tanto? Cuando fue entrevistada acerca del asunto, la señorita Frederica Sayers no dijo ni sí ni no. Se ha negado a revelar siquiera la menor pista sobre cómo fue la repentina muerte de su hermano. Granton Sayers murió en su mansión de Santa Bárbara hace dos días, la noche del 3 de mayo. Aquel día, Granton Sayers había cenado con una famosa —pero muy famosa— estrella de la pantalla. Eso es todo lo que sabemos.

»Lamentamos no poder darles mayores novedades, pero sí podemos hacer algunas preguntas, si es que no se les han ocurrido ya a ustedes. Sería interesante saber dónde se encontraba esa encantadora sirena de la pantalla la noche del 3 de mayo, después de la cena. O dónde ha estado desde entonces. Y si —como sostiene la señorita Frederica Sayers— no ha lugar a cuchicheos, ¿por qué hay persistentes rumores que vinculan ese famoso nombre en concreto con la muerte del gran rey petrolero del oeste? Todo lo cual deja a la señorita Frederica en la posición de reina petrolera del oeste y única heredera de los millones de Sayers, si los hubiere.

»Bien, para cambiar de tema: han llamado muchos lectores para preguntar sobre el paradero actual de Kay Gonda. Esta adorable dama de la pantalla ha estado ausente de su casa de Hol-

lywood durante los dos últimos días, y los magnates del estudio se niegan a revelar el porqué y el dónde. Algunas personas sospechan y murmuran que no lo saben ni ellos mismos.»

El redactor jefe de la sección de noticias locales de *Los Angeles Courier* se sentó en la mesa de Irving Ponts. Irving Ponts lucía una eterna sonrisa, escribía la columna estrella de *Los Angeles Courier*, «Esto y aquello», y tenía una barriga que interfería en su comodidad cuando se sentaba. El redactor jefe de la sección local se pasó el lápiz de la comisura derecha de la boca a la de la izquierda y preguntó:

—Con sinceridad, Irv, ¿tú sabes dónde está?

—A mí que me registren —dijo Irving Ponts.

—¿La están buscando?

—Ídem —respondió Irving Ponts.

—¿Han presentado cargos contra ella en Santa Bárbara?

—Ídem.

—¿Qué dijeron tus amigos policías?

—Eso —dijo Irving Ponts— no te serviría de nada, porque no podrías publicar adónde me mandaron que me fuese.

—Tú no crees que de verdad lo hiciera ella, ¿no, Irv? Porque..., ¿por qué demonios iba a hacerlo?

—Por ninguna razón —dijo Irving Ponts—. Salvo que ¿hay alguna vez alguna razón para cualquiera de las cosas que hace Kay Gonda?

El redactor jefe de la sección local llamó a Morrison Pickens.

Morrison Pickens aparentaba no tener un solo hueso en el escaso metro ochenta que medía su cuerpo, y parecía como si sólo un milagro lo mantuviera erguido, impidiéndole que fuera cayendo suavemente hasta quedar hecho un ovillo. Tenía un cigarrillo que sólo un milagro mantenía sin energías en la comisura de los labios. Sobre los hombros tenía echado un abrigo que sólo un milagro evitaba que se le resbalara por la espalda, y llevaba una gorra con una visera que parecía un halo en medio de su cráneo.

—Hazte un viajecito a Farrow Film Studios —dijo el redactor jefe de la sección local—, a ver de qué te puedes enterar.

—¿A Kay Gonda? —preguntó Morrison Pickens.

—A Kay Gonda, si puedes —dijo el redactor jefe—. Y, si no, intenta averiguar algo sobre dónde está actualmente.

Morrison Pickens encendió una cerilla con la suela del zapato del redactor jefe, pero cambió de opinión y tiró la cerilla a la papelería, cogió unas tijeras y se limpió concienzudamente la uña del pulgar.

—Ajá —dijo Morrison Pickens—. ¿También tengo que intentar averiguar quién mató a Rothstein<sup>2</sup> y si existe vida después de la muerte?

—Llega allí antes del almuerzo —dijo el redactor jefe—. A ver qué dicen y cómo lo dicen.

Morrison Pickens condujo hasta Farrow Film Studios. Atravesó una concurrida calle de tiendecitas, encogidas y secas al sol, con cristales polvorientos a punto de empujarse unos a otros y escapar de la prieta y sombría hilera. Tras los cristales vio todo lo que los hombres necesitaban, todo por lo que vivían: vestidos carísimos con mariposas de imitación de diamantes, tarros de mermelada de fresa y latas de tomate, mochos y cortacéspedes, cremas faciales y aspirinas y un famoso remedio para los gases intestinales. Los hombres pasaban por delante cansados, apresurados, indiferentes, con los cabellos pegados a las frentes calientes y húmedas. Y parecía como si la mayor de las miserias humanas no fuera la de quienes no se podían permitir entrar en las tiendas, sino la de quienes sí podían.

Sobre un pequeño cine con una fachada de ladrillo amarillo, una marquesina vacía y un círculo con una inmensa y ajada moneda de quince centavos de oropel, se alzaba una figura femenina de cartón. Se mantenía erguida, con los hombros echados hacia atrás, y su cabello rubio y corto parecía una hoguera encendida en medio de una furiosa tormenta, una fiera maraña de cabello sobre un cuerpo esbelto. Tenía unos ojos claros y transparentes y una boca grande que parecía la de un animal sacrificado e idolatrado. No había ningún nombre debajo de la figura, porque no era necesario, porque todos los transeúntes de todas las calles del

2. Arnold Rothstein fue uno de los gánsteres que supuestamente estuvo detrás del amaño de las Series Mundiales de béisbol de 1919.

mundo conocían ese nombre, ese salvaje cabello rubio y ese frágil cuerpo. Era Kay Gonda.

La figura estaba medio desnuda bajo sus escasas ropas, pero nadie se fijaba en eso. Nadie la consideraba escandalosa, nadie soltaba risitas. Se alzaba con la cabeza echada hacia atrás, los brazos caídos a los lados y las palmas de las manos hacia arriba, impotente y débil; rindiéndose e implorando a algo que estaba muy lejos, muy por encima de la marquesina vacía y los tejados, como una llama que se mantiene recta queriendo desentrañar un viento desconocido, como una última súplica que se eleva desde cada tejado, y desde cada escaparate, y desde cada corazón agotado bajo sus pies. Y, al pasar por el teatro, nadie lo hacía, pero todos sentían un ligero deseo de quitarse el sombrero.

Morrison Pickens había visto una de sus películas la noche anterior. Se había quedado sentado una hora y media sin moverse, y si respirar hubiese requerido su atención, se habría olvidado de hacerlo. Desde la pantalla, un inmenso rostro blanco lo había mirado, un rostro cuya boca uno deseaba poder besar, y unos ojos que le hacían a uno preguntarse —con dolor— qué era lo que estaban viendo. Sintió como si hubiese algo en las profundidades de su cerebro, detrás de todo lo que él pensaba y todo lo que él era, desconocido para él, pero no para ella; y él deseaba conocerlo, y se preguntó si alguna vez podría hacerlo, si debería —si pudiera— y por qué lo deseaba. Pensó que ella era sólo una mujer y una actriz, pero esto sólo lo pensó antes de entrar al cine y después de salir. Mientras miraba la pantalla, pensó otra cosa. Pensó que ella no era en absoluto un ser humano; no era el tipo de ser humano que había visto a su alrededor toda su vida, sino de un tipo que nadie conoció jamás, pero debería. Cuando la miraba, le hacía sentir culpable, pero también le hacía sentir joven —y limpio— y muy orgulloso. Cuando la miraba, entendía por qué los pueblos de la antigüedad habían creado las estatuas de los dioses a semejanza del hombre.

Nadie sabía con certeza quién era Kay Gonda. Había gente que decía que la recordaba cuando tenía dieciséis años y trabajaba en una corsetería en Viena. Llevaba un vestido demasiado corto para sus largas y finas piernas, con unas mangas demasia-



do cortas para sus brazos pálidos y finos. Se movía detrás del mostrador con una velocidad nerviosa que hacía que la gente pensara que debía estar en un zoo, en vez de en una pequeña tienda con cortinas blancas almidonadas y olor a grasa rancia. Nadie le decía que era guapa. Los hombres nunca se acercaban a ella y las caseras estaban ansiosas por echarla cuando se atrasaba en el pago del alquiler. Pasaba largos días ajustándoles las fajas a las clientas con sus finos dedos blancos, atando con fuerza lazos sobre gruesos pliegues de carne. Las clientas se quejaban de que sus ojos les hacían sentir incómodas.

También había quienes la recordaban dos años después, cuando trabajó de doncella en un hotel de mala reputación en una oscura calle de Viena. La recordaban bajando las escaleras, con unos visibles agujeros en los talones de sus medias de algodón negras y una vieja blusa con el cuello abierto. Los hombres intentaban hablar con ella, pero ella no los escuchaba. Entonces, una noche, escuchó. Él era un hombre alto, con una boca rígida y unos ojos demasiado observadores como para permitirle ser una mujer feliz. Era un famoso director de cine y no había ido al hotel a ver a la doncella. La propietaria del lugar se encogía de hombros con indignación cuando oía a la doncella reír a carcajadas, con brutalidad, por las palabras que el hombre le susurraba. Pero el gran director negó con vehemencia la historia sobre dónde había descubierto a Kay Gonda, su mayor estrella.

En Hollywood, llevaba vestidos lisos y oscuros diseñados por un francés con cuyo salario se podría haber financiado una compañía de seguros. Se entraba a la mansión de Kay Gonda a través de una larga galería con columnas de mármol, y su mayordomo servía cócteles en copas altas y finas. Andaba como si las alfombras, las escaleras y las aceras rodaran suavemente, en silencio, al presentir el tacto de su pie. Su cabello nunca parecía peinado. Se encogía de hombros con un gesto que parecía una convulsión, y unas pequeñas sombras azuladas jugueteaban entre sus omoplatos cuando llevaba largos vestidos de noche abiertos por la espalda. Todos la envidiaban. Nadie decía que fuera feliz.

Morrison Pickens saltó con sus largas piernas por el lateral de su biplaza descapotable y subió corriendo los pulidos escalo-

nes de la recepción de Farrow Film Studios. Le dijo al joven que había tras ella, que tenía la cara rosada y rígida como una tarta helada de fresa:

—Pickens. Del *Courier*. Quiero ver al señor Farrow.

—¿Tenía cita?

—No. Eso va a dar igual..., hoy.

Así fue.

—Pase enseguida, señor —dijo el joven con diligencia, soltando el auricular tras la respuesta de la secretaria del señor Farrow.

El señor Farrow tenía tres secretarias. La primera estaba sentada en una mesa junto a una barandilla de bronce; sonrió gélidamente y abrió una puerta de bronce que daba a una arcada, donde había un escritorio con tres teléfonos y una secretaria que se levantó a abrir una puerta de madera de caoba que, a su vez, daba a una oficina donde una secretaria se levantó y dijo:

—Pase enseguida, señor Pickens.

Anthony Farrow estaba sentado en un escritorio en un inmenso salón de baile blanco. Había unas vidrieras que medían tres pisos de alto. Había una estatua de la Virgen en un nicho. Había un inmenso globo terráqueo de cristal sobre un pedestal de mármol blanco. Había una *chaise longue* de satén blanco a la que no parecía haberse acercado nadie nunca; nadie lo había hecho. Era la posesión más preciada del señor Farrow, y se decía que, en tiempos pretéritos, había adornado los aposentos de la emperatriz Josefina.

El señor Farrow tenía un cabello castaño dorado que le llegaba hasta la nuca, y los ojos también de color castaño dorado. Su traje hacía juego con el mechón más oscuro de su cabello, y su camisa, con el más claro.

—Buenos días, señor Pickens. Por favor, tome asiento. Me alegro de verlo —dijo, y le extendió una caja de puros abierta con un gesto digno del mejor primer plano de una película sobre la alta sociedad.

El señor Pickens se sentó y tomó un puro.

—Naturalmente —dijo el señor Farrow—, usted es consciente de que no es más que un montón de bobadas absurdas.

—¿El qué? —preguntó Morrison Pickens.

—Las habladurías por las que tengo el honor de recibir su visita. Las habladurías sobre la señorita Gonda.

—Ah... —dijo Morrison Pickens.

—Mi querido amigo, debe saber lo completamente ridículo que es. Yo esperaba que su periódico, un periódico de prestigio como el suyo, nos ayudaría a prevenir la propagación de estos rumores, que no tienen ningún fundamento.

—Eso es fácil, señor Farrow. Depende de usted. No teniendo estos rumores ningún fundamento, usted sabe, por supuesto, dónde está la señorita Gonda, ¿verdad?

—Piense un momento en esa disparatada historia, señor Pickens. Granton Sayers... Bueno, ya conoce a Granton Sayers. Un idiota, si se me permite decirlo, un idiota con el prestigio de un genio, como siempre pasa con los idiotas, ¿verdad? Cincuenta millones de dólares hace tres años. Hoy, ¿quién sabe? Quizá cincuenta mil. Quizá cincuenta centavos. Pero con piscinas con fondo de cristal tallado y un templo griego en su jardín. Ah, sí: y Kay Gonda. Un caro juguete o una obra de arte, depende de cómo lo quiera ver uno. O sea, Kay Gonda hace dos años. No ahora. Huy, no, ahora no. Sé con certeza que no había visto a Sayers desde hacía más de un año antes de esa cena en Santa Bárbara de la que todos hemos oído hablar.

—¿Así que la relación se había acabado? ¿Era fría como el hielo?

—Más fría, señor Pickens.

—¿Está seguro de eso?

—Absolutamente, señor Pickens.

—Pero quizá habían tenido alguna pequeña pelea, alguna pelea que...

—Ninguna, señor Pickens. Nunca. Él le había pedido matrimonio tres veces, que yo sepa. Ella podría haberlo tenido a él, el templo griego, los pozos de petróleo y todo cuanto hubiese querido. ¿Por qué iba a querer matarlo?

—¿Por qué iba a querer desaparecer?

—Señor Pickens, ¿me permite invertir el protocolo de las entrevistas con la prensa y hacerle a usted una pregunta?

—Claro que sí, señor Farrow.

—¿Quién...? ¿Quién demonios ha empezado esos rumores?

—Eso —dijo Morrison Pickens— es lo que pensaba que usted podría decirme, señor Farrow.

—Es absurdo, señor Pickens. Peor que absurdo. Es mezquino. Insinuaciones, rumores, preguntas. Por toda la ciudad. Si pudiera verle algún sentido, diría que alguien los ha propagado intencionadamente.

—¿Quién podría tener motivos para eso?

—Eso es, señor Pickens. Nadie. La señorita Gonda no tiene ni un solo enemigo en el mundo.

—¿Tiene amigos?

—Pues claro que no —dijo el señor Farrow de pronto, con la voz seria y perpleja por su propia afirmación—. No, no tiene. —Miró a Morrison con una genuina y simple desesperación—. ¿Por qué me pregunta eso?

—¿Por qué me responde eso? —preguntó a su vez Morrison Pickens.

—No...no lo sé —dijo el señor Farrow—. Nunca lo había pensado antes. Sólo me ha llamado la atención de pronto que no tuviera un solo amigo en el mundo. Salvo que lo sea Mick Watts, del que nadie diría que es amigo de nadie. Oh, bueno —añadió, encogiéndose de hombros—, tal vez es lógico. ¿Cómo se puede pensar en la amistad con una mujer como ésa? Ella te mira, pero en realidad no te ve. Ella ve otra cosa. Nadie adivina qué. Ella te habla, cuando habla, que no es muy a menudo, y en realidad no sabes qué está pensando. A veces estoy seguro de que no piensa en absoluto lo que nosotros pensamos, usted y yo. Las cosas no significan lo mismo para ella que para el resto de nosotros. Pero lo que significan y lo que ella quiera decir... ¿quién lo sabe? Y, en realidad, ¿a quién le importa?

—A unos setenta millones de personas o así, a juzgar por las cifras de taquilla que usted reporta.

—Ah, sí. Lo cual, tal vez, sea lo único que importa. La veneran millones de personas. No es admiración. No es sólo entusiasmo por parte de sus fanes. Es mucho más que eso. Es veneración. No sé qué les hace, pero algo hace.

—¿Y cómo reaccionará su público al... asesinato?

—Es increíble, señor Pickens. Es fantástico. ¿Cómo puede alguien creerlo siquiera un momento?

—Nadie lo creería ni por un momento si la señorita Gonda no hubiese desaparecido.

—Pero, señor Pickens, no ha desaparecido.

—¿Dónde está?

—Siempre quiere estar sola cuando se está preparando para una nueva película. Está en una de sus casas en la playa, estudiando su nuevo papel.

—¿Dónde?

—De verdad, señor Pickens, no podemos permitirnos molestarla.

—Suponga que estuviésemos intentando encontrarla. ¿Nos lo impediría usted?

—Claro que no, señor Pickens. Nada más lejos de nuestra intención que interferir en la prensa.

Morrison Pickens se levantó. Dijo:

—Bien, señor Farrow. Lo intentaremos.

El señor Farrow se levantó. Dijo:

—Bien, señor Pickens. Le deseo suerte.

Morrison Pickens estaba ya en la puerta cuando el señor Farrow añadió:

—Por cierto, señor Pickens, si lo consigue, ¿podría pedirle el favor de que nos avisara? Compréndalo, no querríamos que se molestara a nuestra gran estrella y...

—Lo comprendo —dijo Morrison Pickens al salir.

En la antesala del despacho del señor Sol Salzer, productor asociado, un secretario nervioso se levantó de inmediato e insistió:

—Pero el señor Salzer está ocupado. El señor Salzer está muy pero que muy ocupado. El señor Salzer está en una reunión de...

—Dígale que es el *Courier* —dijo Morrison Pickens—. Quizá pueda sacar un par de minutos.

El secretario desapareció detrás de una puerta alta y blanca y volvió a salir enseguida de un salto, dejando la puerta abierta, repitiendo sin respirar:

—Pase enseguida, señor Pickens, pase, pase enseguida.

El señor Salzer estaba dando vueltas arriba y abajo por un espacioso despacho con cortinas de terciopelo púrpura y cuadros de flores y terriers escoceses con marcos blancos.

—Siéntese —dijo, sin mirar al señor Pickens, y siguió paseando.

Morrison Pickens se sentó.

El señor Salzer tenía las manos unidas en la espalda. Llevaba un traje de color azul acero y un alfiler de diamantes. Su cabello rizado y moreno formaba una estrecha península en medio de su frente blanca. Cruzó el despacho tres veces y después bramó:

—¡Es un montón de chorradas!

—¿El qué?

—Lo que usted quiere saber. ¡Eso es lo que pierden el tiempo, inventándoselo, para llenar después periódicos, en vista de que no tienen nada mejor que imprimir!

—¿Habla de la señorita Gonda?

—¡Claro que hablo de la señorita Gonda! ¡No hablo de otra cosa! ¡Aquí iba a estar yo perdiendo mi tiempo con usted si no fuese por la señorita Gonda! ¡Ojalá nunca la hubiésemos contratado! ¡Qué quebraderos de cabeza nos ha dado desde que llegó al plató!

—Oh, vamos, señor Salzer. Usted ha supervisado todas sus películas. Algo habrá visto en ella.

—Tres millones de dólares de taquilla por cada película. ¡Eso es lo que veo! Adelante, deme una razón mejor que ésa.

—Bueno, hablemos de usted, de su próxima película.

—¿Qué quiere saber? Va a ser grandiosa, la mejor. —El señor Salzer se detuvo para dar un golpe en su mesa con el puño—. ¡La película más cara que haya visto en su vida! ¡Se lo puede contar a su periódico!

—Bien, estoy seguro de que se alegrarán de saberlo. También les alegrará saber la... fecha de su estreno.

—Escuche —dijo el señor Salzer, parándose—: ¡es un montón de tonterías! ¡Es un montón de tonterías eso a lo que usted quiere llegar! ¡Porque ella no ha desaparecido!

—Yo no he dicho que lo haya hecho.

— ¡Bueno, pues no lo diga! Porque sabemos dónde está, sólo que no es asunto suyo, ¿entiende?

— No iba a decirlo. Sólo iba a preguntar si la señorita Gonda ha firmado su nuevo contrato con ustedes.

— Desde luego que lo ha firmado. Por supuesto. Sin duda. Prácticamente lo ha firmado, casi.

— ¿Entonces no lo ha hecho?

— Iba a firmarlo hoy. Quiero decir: va a firmarlo hoy. Ella aceptó, está todo acordado. Bueno, se lo diré —dijo el señor Salzer de pronto, con la desesperación de una persona que tiene que captar la compasión en una película, la compasión de cualquiera—. Lo que me temo es que todo tenga que ver con su contrato. Que haya vuelto a cambiar de opinión, quizá, y lo haya dejado para siempre.

— ¿No es eso una simple pose, señor Salzer? Hemos oído eso mismo después de cada película.

— ¿Sí? Se iba a reír usted si tuviese que arrastrarse de rodillas tras ella como hemos hecho nosotros durante dos meses. «Lo dejo —dice ella—. ¿Acaso significa algo, en realidad? ¿Es algo que de verdad valga la pena hacer?» ¡No! Le ofrecemos quince mil a la semana, ¡y ella pregunta si vale la pena hacerlo!

— Entonces, ¿cree que sí los ha dejado esta vez? ¿Y no saben adónde se ha ido?

— No me gusta la gente de la prensa —dijo el señor Salzer, disgustado—. Es por eso por lo que nunca me ha gustado. Aquí estoy, contándole mis problemas, todos mis problemas confidenciales, y usted empieza otra vez con sus bobadas de antes.

— Que ustedes no saben dónde está.

— ¡Bah, qué tontería! Sabemos dónde está. Está con una tía suya, una vieja tía de Europa que está enferma, y se ha ido a visitarla a su rancho en el desierto, ¿entiende?

— Sí —dijo Morrison Pickens, levantándose—. Entiendo.

No hubo de ser anunciado a Claire Peemoller, estrella de Farrow Films que escribía todos los guiones de las películas de Kay Gonda. Simplemente entró. Nunca era necesario anunciarle la prensa a Claire Peemoller.

Claire Peemoller se sentó en el centro de un sofá largo y bajo de estilo modernista. Ningún foco iluminaba el lugar donde estaba sentada: sólo lo parecía. Su ropa tenía la fina y moderna elegancia de los muebles de cristal, de los puentes colgantes o los aviones transatlánticos. Parecía la última palabra de una gran civilización: firme, limpia, sabia, sin ninguna otra preocupación que los problemas más sutiles y profundos de la vida. Sin embargo, sólo el cuerpo de Claire Peemoller estaba sentado en el sofá; su alma estaba en las paredes de su despacho. Las paredes de su despacho estaban cubiertas de ampliaciones fotográficas de ilustraciones para sus revistas. En las fotografías aparecían dulces muchachas y recios jóvenes abrazándose, bebés que miraban de reojo a sus padres cogidos de la mano y reconciliados junto a la cuna, señoras mayores cuyos rostros podrían endulzar el café más amargo.

—Señor Pickens —dijo Claire Peemoller—. Me alegro mucho de verle. Ha sido genial, pero genial de verdad, que se haya pasado por aquí. Tengo una gran historia para usted. Estaba pensando que la opinión pública nunca ha entendido en realidad la influencia de las pequeñas cosas en la niñez de un escritor, y que moldean su futura carrera. Son las pequeñas cosas las que importan en la vida, ¿sabe? Por ejemplo, un día, cuando tenía siete años, vi una mariposa con un ala rota y me hizo pensar en...

—¿Kay Gonda? —preguntó Morrison Pickens.

—Ah... —dijo Claire Peemoller, y cerró sus finos labios, apretándolos. Después los volvió a abrir para añadir—: Así que por eso es por lo que ha venido...

—Ah, claro, señorita Peemoller, debería habérselo figurado... hoy.

—Pues no —dijo Claire Peemoller—. Nunca me ha parecido que la señorita Kay Gonda fuese el único tema de interés en el mundo.

—Sólo quería preguntarle qué piensa usted de todos esos rumores sobre la señorita Gonda.

—No he pensado en ello. Mi tiempo es muy valioso.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace dos días.



—¿No el 3 de mayo?

—Sí, sí, el 3 de mayo.

—Bien, ¿notó algo peculiar en su comportamiento entonces?

—¿Cuándo se ha comportado ella de alguna manera que no fuese peculiar?

—¿Le importaría hablarme de ello?

—La verdad es que sí me importa mucho. ¿Y a quién no? Fui con el coche hasta su casa, aquella tarde, para hablar de su siguiente guion. ¡Es una historia preciosa, pero preciosa! Hablé durante horas. Ella estaba allí sentada como una estatua. Ni una palabra salió de ella, ni un sonido. Sentido de la realidad, eso es lo que le falta. No tiene principios morales. ¡Pero ninguno! Ningún sentido de la gran hermandad de los hombres, en el fondo. Ningún...

—¿Parecía preocupada o infeliz?

—De verdad, señor Pickens, tengo cosas más importantes que hacer que analizar los estados de ánimo de la señorita Gonda. Lo único que puedo decirle es que ella no me dejaba meter un bebé o un perro en el guion. Los perros tienen mucho atractivo humano. Ya sabe, en el fondo, somos todos hermanos, y...

—¿Mencionó que iba a ir a Santa Bárbara esa noche?

—Ella no menciona cosas. Te las echa a cántaros. Simplemente se levantó a mitad de una frase y me dejó con un palmo de narices. Dijo que tenía que vestirse, porque tenía una cena en Santa Bárbara. Y después añadió: «No me gustan los comedores de caridad».

—¿Qué quería decir con eso?

—¿Qué quiere decir con cualquier cosa? «Caridad.» ¡Imagínese! Cenar con un multimillonario. Así que después no pude resistirme, ¡es que no pude! Dije: «Señorita Gonda, ¿de verdad piensa que usted es mejor que cualquier otra persona?». ¿Y qué se figura que respondió? «Sí —dijo—. Lo pienso. Ojalá no tuviera que hacerlo.» ¡Pero en serio que lo dijo!

—¿Dijo alguna cosa más?

—No. Soy del tipo de persona que simplemente no entiende la arrogancia. Así que no me molesté en seguir la conversación. Y

no me molesto en seguirla ahora. Lo siento, señor Pickens, pero el tema me aburre.

—¿Sabe dónde está ahora la señorita Gonda?

—No tengo la menor idea.

—Pero si le hubiese ocurrido algo...

—Les pediré que le den el papel a Sally Sweeney. Siempre he querido escribir para Sally. Es un bombón de niña... Y, ahora, tendrá que disculparme, señor Pickens. Tengo mucho que hacer.

Bill McNitt estaba sentado en un despacho asqueroso que olía a sala de billares: sus paredes estaban forradas con los carteles de las películas de Gonda que había dirigido. Bill McNitt se enorgullecía de ser un genio y también todo un macho: si la gente quería verlo, tendría que aceptar sentarse entre colillas de cigarrillos junto a una escupidera. Estaba echado hacia atrás en su silla giratoria, con los pies sobre la mesa, y fumaba. Llevaba la camisa remangada por encima de los codos; tenía unos grandes brazos peludos. Levantó una enorme mano con un anillo de oro con forma de serpiente en uno de sus rechonchos dedos cuando entró Morrison Pickens.

—Suéltalo —dijo Bill McNitt.

—No tengo nada que soltar —dijo Morrison Pickens.

—Tampoco yo —repuso Bill McNitt—. Ahora, lárgate.

—No parece estar muy ocupado —dijo Morrison Pickens, sentándose cómodamente en un taburete de lona.

—No lo estoy. Y no me preguntes por qué. Porque es la misma razón que te tiene a ti tan ocupado.

—Supongo que te refieres a la señorita Kay Gonda.

—No tienes que suponer nada. Lo sabes de sobra. Sólo que aquí estás perdiendo el tiempo, porque de mí no puedes sacar nada. Yo nunca quise dirigirla, de todos modos. Prefiero mucho más dirigir a Joan Tudor. Prefiero mucho más...

—¿Qué pasa, Bill? ¿Has tenido problemas con Gonda?

—Escucha. Te contaré todo lo que sé. Y después te largarás, ¿vale? Fue la semana pasada... Yo fui con el coche a su casa de la playa, y allí estaba, en el mar, navegando a toda velocidad entre

las rocas en su lancha motora, hasta que pensé que me daría un infarto sólo de verla. Así que sube hasta la carretera, toda mojada. Entonces le digo: «Te vas a matar un día»; y ella me mira fijamente y dice: «Para mí no supondría ninguna diferencia, ni para nadie más en ninguna parte».

—¿Eso dijo?

—Eso dijo. «Escucha —le dije yo—, me trae sin cuidado que te rompas el cuello, ¡pero vas a coger una neumonía en medio de mi próxima película!» Ella me mira, de esa forma extraña suya, y dice: «Quizá no haya próxima película». Y se vuelve derecha a la casa, ¡y su lacayo no quiso dejarme entrar!

—¿En serio dijo eso? ¿La semana pasada?

—Sí. Bueno, debería preocuparme. Eso es todo. Ahora lárgate.

—Oye, quiero preguntarte...

—¡No me preguntes dónde está! ¡Porque no lo sé! ¿Entiendes? Y lo que es más: ¡ningún jefe lo sabe tampoco, o no querrán decirlo! ¿Por qué te crees que estoy aquí pudriéndome, sacando tres mil a la semana? ¿Crees que no llamarían a los bomberos para traerla de vuelta si supieran adónde tenían que mandarlos?

—Quizá tengas alguna conjetura.

—Yo no hago conjeturas. Yo no sé nada de esa mujer. No quiero saber nada de esa mujer. ¡Nunca querría acercarme a ella si por alguna estúpida razón los patanes dejaran de soltar tan fácilmente su dinero por poder echar un vistazo a su cara decolorada!

—Bueno, pero no puedo citar eso en el periódico.

—Me da igual lo que cites. Me da igual mientras salgas de aquí y te vayas a la...

—Al departamento de publicidad, primero —dijo Morrison Pickens, levantándose.

En el departamento de publicidad, cuatro manos distintas palmearon la espalda de Morrison Pickens, y cuatro caras lo miraron, dulcemente afables, como si nunca hubiesen oído el nombre

de Kay Gonda y tuvieran que hacer memoria y, al hacer memoria, concluyeran que no sabían nada de ese nombre. Sólo una cara, la quinta, se inclinó hacia Morrison Pickens y susurró:

—No sabemos nada, amigo. No se nos permite saber. Y no lo sabríamos, si se nos permitiera. Sólo hay una persona que quizá pueda ayudarlo. Quizá, pero es probable que no. Vaya a ver a Mick Watts. Estoy seguro de que ese zángano sabe algo.

—¿Por qué? ¿Está sobrio, para variar?

—No. Está más borracho que de costumbre.

Mick Watts era el agente de prensa personal de Kay Gonda. Lo habían despedido de todos los estudios de Hollywood, de todos los periódicos de ambas costas y de otros muchos lugares entremedias. Pero Kay Gonda lo había llevado al plató de Farrow. Le pagaban un buen sueldo y no se quejaban de él, como no se quejaban de que el gran danés de Kay Gonda se subiera a la *chaise longue* de Anthony Farrow que había pertenecido a Josefina.

Mick Watts tenía el cabello rubio platino, la cara de un matón y los ojos azules de un bebé. Estaba sentado en su despacho con la cabeza sobre la mesa, hundida entre los brazos. La levantó cuando entró Morrison Pickens, y sus ojos azules eran cristalinos, pero Pickens sabía que no veían nada, porque debajo de su silla había dos botellas vacías, perfectamente visibles.

—Qué buen tiempo nos está haciendo, Mick —dijo Morrison Pickens.

Mick Watts meneó la cabeza y no dijo nada.

—Bueno, aunque caluroso —continuó Morrison Pickens—. Terriblemente caluroso. ¿Y si tú y yo nos acercamos a la comisaría a tomar algo frío y líquido?

—No sé nada —dijo Mick Watts—. Ahórrate el dinero. Largo.

—¿De qué estás hablando, Mick?

—No estoy hablando de nada, y eso sirve para todo.

En la máquina de escribir que había encima de la mesa, Morrison Pickens vio la hoja de un comunicado de prensa que Mick Watts había estado redactando. Leyó, incrédulo: «Kay Gonda no se prepara sus propias comidas ni se cose su ropa interior. No

juega al golf, ni adopta bebés ni hace donaciones a los hospitales para la gente sin hogar. No es amable con su querida y anciana madre: no tiene ninguna querida y anciana madre. Simplemente no es como vosotros o como yo. Nunca fue como vosotros o como yo. No se parece a nada de lo que vosotros, canallas, hayáis siquiera soñado jamás».

Morrison Pickens sacudió la cabeza con gesto de reproche. A Mick Watts no pareció importarle que lo leyera. Mick Watts seguía sentado allí, mirando a la pared, como si se hubiese olvidado de la existencia de Pickens.

—Podrías invitarme a un trago de vez en cuando, ¿no, Mick? —dijo Morrison Pickens—. A mí me parece que tienes sed.

—No sé nada sobre Kay Gonda —dijo Mick Watts—. Nunca he oído hablar de ella... Kay Gonda. Es un nombre curioso, ¿verdad? ¿Qué significa? Fui a confesarme una vez, hace mucho, muchísimo tiempo, y hablaban sobre la redención de todos los pecados. Es curioso gritar «Kay Gonda» y pensar que se limpian todos tus pecados. Sólo tienes que pagar cincuenta centavos por una entrada de anfiteatro y sales tan puro como la nieve.

—Pensándolo mejor, Mick —dijo Morrison Pickens—, no te voy a ofrecer otra copa. Será mejor que comas algo.

—No tengo hambre. Dejé de tener hambre hace muchos años. Pero ella sí tiene.

—¿Quién? —preguntó Morrison Pickens.

—Kay Gonda —respondió Mick Watts.

—¿Tienes alguna idea de dónde tomará su próxima comida?

—En el cielo —dijo Mick Watts—. En un cielo azul con lirios blancos. Lirios muy blancos. Sólo que nunca lo encontrará.

—No termino de seguirte, Mick. ¿Qué estabas diciendo?

—¿No lo entiendes? Ella tampoco. Pero no sirve de nada. No sirve de nada intentar desentrañarlo, porque, si lo intentas, sólo consigues acabar con más mugre en las manos de la que te molestas en limpiar. No hay suficientes toallas en el mundo para limpiarla. No hay suficientes toallas. Ése es el problema.

—Ya vendré a verte en otro momento —dijo Morrison Pickens.

Mick Watts se levantó, se tambaleó, cogió una botella de de-

bajo de su silla, echó un largo trago y, enderezándose todo lo alto que era y levantando la botella, vacilando, dijo con un tono solemne:

—Una gran búsqueda. La búsqueda de los desesperados. ¿Por qué son siempre los desesperados los que tienen esperanza? ¿Por qué queremos verlo, cuando seremos más afortunados si ni siquiera sospechamos que alguna vez pueda ser visto? ¿Por qué ella? ¿Por qué ella ha de ser herida?

—Que tengas un buen día —dijo Morrison Pickens.

El último lugar que Morrison Pickens visitó en el plató fue el bungaló donde tenía su camerino Kay Gonda. La señorita Terrence, su secretaria, estaba sentada en la recepción, como de costumbre. La señorita Terrence no había tenido noticias de Kay Gonda desde hacía dos días, pero se presentó puntual en el bungaló, al filo de las nueve, y se sentó en su immaculada mesa de cristal hasta las seis. La señorita Terrence llevaba un vestido negro con un deslumbrante cuello blanco. Llevaba unas gafas cuadradas sin montura y las uñas pintadas de color rosa nacarado.

La señorita Terrence no sabía nada sobre la desaparición de la señorita Gonda. No había visto a la señorita Gonda desde su viaje a Santa Bárbara, hacía dos días. Suponía, no obstante, que la señorita Gonda había vuelto al estudio, después de aquella cena, en algún momento durante la noche. Porque cuando ella, la señorita Terrence, entró en el bungaló a la mañana siguiente, vio que de las cartas de los admiradores de la señorita Gonda habían desaparecido seis.